

Para Carlos París, las dos grandes fuerzas sociales que pueden traer el necesario cambio a la sociedad y al hombre son la cultura y la lucha de clases. Porque —para él— la cultura no es propiamente una superestructura, sino también infraestructura.

Una emotiva añoranza de nuestro pasado mejor creo que se evidencia en sus páginas vindicadoras del pluralismo de culturas que convivieron en la Edad Media entre nosotros, a diferencia de la posterior cerrazón inquisidora que nos invadió y de la cual no habíamos salido hasta la actual venida incipiente de nuestra democracia. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Bajo los ángeles

"Francisco Peinado bajo los ángeles" (1) es el título que han elegido Alfonso Grosso y Antonio Ferres para el sabio texto que acompaña a una selección de reproducciones de la obra del pintor Peinado. En él, estos dos narradores, unidos por las más fraternales distancias, mezclan lírica y crítica, más de lo primero que de lo último, en un

(1) Ediciones Rayuela. Madrid, 1978.



Francisco Peinado.

ejercicio de estilo que recuenta momentos pictóricos y biográficos del malagueño tropical, tan

rico en sugerencias abiertas. El resultado es un breve y enjundioso tratado, reflexión —esto es, reflejo de dos espíritus emparejados en un tercero, síntesis accidental de ambos— sobre una pintura que resulta, y es curioso, no ajena a la labor de los dos escritores, conocidos por su pertenencia a una narrativa social-naturalista, aunque, eso sí, siempre con ribetes de lirismo, que aquí se desvelan capaces de plasmar con palabras ese monstruo de sueño y razón que todos llevamos dentro. La empresa del pintor queda plasmada como una cacería en un jardín tropical, al acecho de la enojada imagen del andriago, en busca de la plenitud de un espacio que por error ha sido blanco alguna vez. Se desprende del texto —y también de la imagen— algo que queda más cerca del supranaturalismo de Nerval que del surrealismo propiamente dicho: una Naturaleza exacerbada y siempre cambiante nos depara el gozar de su secreto, más que una realidad —considerada siempre y ante todo como orden—, en el instante supremo de la asunción de sus contrarios.

Bajo los ángeles habita el monstruo, y es sabido que la tiniebla da corazón y cuerpo a la luz. La obra de Peinado —que expone estos días en la galería Rayuela— es como un exponente de esa sombra genésica, ni siquiera transmutada; hay, desde luego, luz. Pero es una luz que no es lunar ni solar, que no viene del cielo, sino que asciende a él desde lo más profundo de las vísceras, desde las entrañas no metafóricas de la tierra. Rica en temblores, en tránsito de lo mineral a lo vegetal, y de ahí —por retorcimiento de la vida agónica— a lo humano. Su pintura recuerda ese momento de la obra alquímica, cuando el plomo tratado con el azufre y la sal dicen los ocultos autores que "florece en estrellas de intensidad variable".

No creo que pueda hablarse, en el caso de Peinado, de influencias o herencias del surrealismo. Más bien podría decirse que todo el surrealismo está ahí, afirmándose en su propia contradicción como tantas veces ha hecho; y no ese sustituto del surrealismo tan elegante que ha quedado plasmado en

ADIOS A LAS LETRAS

Manu se hizo verbo

Manu se hizo verbo y habitó entre nosotros, cerca de Vallehermoso, en Madrid.

Antes había habitado en otras zonas donde las moscas circulaban libremente a su alrededor, sin rozarle la piel, porque él es fundamentalmente un vasco salado, al que son alérgicos los abejones y las moscas dulzonas.

Manu es Manuel Leguineche, el autor de un reportaje excepcional y vivo que desde hace algunas semanas está en las librerías soñolientas de España. El camino más corto es el libro más largo escrito por este poeta ácrata del periodismo español. Refleja su camino intermitente de Madrid a Nueva York pasando por Jerez de la Frontera, Túnez, Beirut y El Cairo. Nunca un reportaje de un periodista español se había asemejado tanto a una novela de suspense. Y a un relato de humor.

A Manuel Leguineche se le puede extraer una historia sólo con preguntarle qué hora es o qué tiempo hace en el exterior de su cuerpo generoso. El caminará sin mover un pie alrededor de su propia circunferencia y podrá relatar los pormenores del último incidente que le ocurrió cuando alguien se le acercó a preguntarle la hora en Irán. Le puede ocurrir de todo: mientras da la respuesta relojera puede escuchar por encima de su cabeza un enjambre de moscas, el ruido de un terremoto o el temblor de tierra que precede a cualquier golpe de Estado. Siendo tan joven como un ser sin edad —la gente que no tiene cuarenta años no tiene edad para nada—, parece que ha vivido absolutamente en todos los idiomas y en cualquier superficie terráquea.

El camino más corto es el relato de una aventura que él protagonizó con un grupo de periodistas norteamericanos, después de haber sido golpeado certeramente por la Policía española de los años sesenta. Un ser de esta magnitud tenía que ir a lamerse las heridas a otra geografía radicalmente distinta, y así ca-

minó todos los kilómetros redondos que van desde Madrid a Nueva York convirtiéndose en la estrella silenciosa de un viaje singular —aunque, a veces, para calentar ánimos, entonara un Granda que aún no se le ha olvidado a su garganta de vasco.

Aunque sé que el libro llevaba algún tiempo en el mercado, yo no puedo hoy, al comenzar un año nuevo y electorero, resistir a la tentación de recomendarlo. Los que decimos adiós a las letras tenemos que dar también la bienvenida a textos de esta singularidad, de los que tanta necesidad tiene un país cuyos habitantes han dejado de viajar por curiosidad para empezar a viajar para luego mostrar las fotografías.

Manuel Leguineche hizo este largo viaje para encontrarse a sí mismo, para sentir la nostalgia de lo que jamás tuvo. Hay una frase en el frontispicio del lento y sugestivo relato de Manu. La frase es de Robert L. Stevenson: "The great affair is to move" ("Lo grandioso es moverse"). Sánchez Dragó, otro escritor español que acaba de publicar un libro sobre la mitología invariable de las razas que habitan este país, ha recordado un haiku japonés que dice lo contrario: "No corras, ve despacio. Donde tienes que ir es a ti solo". El japonés de Gernika que es Manu Leguineche siguió el dictado del haiku respondiendo a una sentencia distinta, aunque en el fondo sea la misma.

Libro espléndido el de Manu Leguineche, historia singular en un país que se ha pasado la vida sacando fotografías aéreas de la experiencia extranjera, empañándose los ojos con moscas y moscatel. Manuel Leguineche, por fortuna, no ha desechado el moscatel, pero de un manotazo ha dispersado las moscas y ha sacado un retrato nítido de miles de millas, de 475 páginas cálidas y pobladas. ■ SILVESTRE CODAC.